

Si los sociólogos tuvieran calendario, como lo tienen los feriantes o los campesinos, una de las fechas más significativas del año en el calendario de los sociólogos sería, sin duda, el día en que se celebra en Madrid, hacia primeros de julio, la final del Torneo de Copa de Fútbol. Es una ocasión pintiparada para aprender algo del país en que vivimos. Contrariamente a lo que sucede en la Liga, donde lo que cuenta es la laboriosa acumulación de puntos a lo largo de toda la temporada, el Campeonato de Copa se decide entre los finalistas en un solo partido, que adquiere así un carácter dramático, como de juego de cara o cruz. Al atractivo que en sí tiene la final se une el hecho de que los equipos finalistas que no son de Madrid arrastran a miles de seguidores en su viaje a la capital, y el estadio Bernabéu, donde suele celebrarse el partido, y sus alrededores se convierten en un escenario donde vemos representarse, a través de las conflictivas pasiones del fútbol, los conflictos de la realidad nacional. No ha faltado mucho este año para que tuviéramos una final madrileña, una final entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid, que habría sido en esencia lo que suele llamarse un «encuentro de la máxima rivalidad» ciudadana. Pero el Valencia, contra muchos pronósticos, supo mantener la ventaja lograda en su campo, y el Real Madrid quedó eliminado. De esta manera, el sábado día 8 de julio salió hacia Madrid un número de valencianos que algunos periódicos calculaban en treinta mil. Tal vez hubiera exageración en esta cifra. Se dijo, por otra parte, que habían sido enviadas a Valencia unas dieciséis mil entradas para este partido. Acaso el equipo que mayor número de seguidores moviliza para una final de Copa es el Atlético de Bilbao. Los «finalistas» vascos se hacen notar en la vida madrileña de principios de julio mucho más que cualesquiera otros «finalistas» que la suerte de las eliminatorias tenga a bien deparar. En las dos últimas finales en las que participó el Atlético de Bilbao —1967 y 1969—, tuvimos ocasión de comprobarlo. Los «del bocho» con sus «chapelas» y sus bufandas rojiblancas ocuparon materialmente la ciudad. Hubo «chiquiteo» y «vía crucis» por bares y tabernas, lo cual gustó al ramo de la hostelería y al madrileño medio, muy dado, como se sabe, al «alterne», bastante más que la ahorrativa merienda que consigo traían el otro día los seguidores del Valencia.

Hacia las cuatro de la tarde me fui para el estadio Bernabéu. Faltaban cuatro horas y media para empezar el partido, y la calle Concha Espina y las que a ella desembocan estaban ya llenas de coches con matrícula valenciana, muchos de ellos ondeando banderas blancas con el escudo del «rat penat» y las cuatro barras. En los aparcamientos de la calle había familias y grupos de amigos, sentados en el suelo, junto al coche, comiendo tranquilamente la comida que habían puesto sobre el mantel, extendido en la acera. Me contaron, yo no lo vi, que alguien había estado haciendo una paella en un solar del paseo de la Habana. Un matrimonio, dentro de un seiscientos, daba buena cuenta del guiso que la previsora esposa había preparado la noche antes. Había coches llenos de niños echando la siesta tras el largo viaje. Y por la calle, numerosos grupos de hombres —que habían llegado en autobuses fletados algunos de ellos por empresarios entusiastas— vestidos con el atuendo valencianista, la gorra blanca de visera, la camiseta en que se leía «Liga 71-72. Copa 72» y que portaban

silla de pista

FINAL DE COPA

variedad de instrumentos de percusión y viento para la serenata. Tambores, bombos —en uno de ellos podía leerse: «Sociedad Instructiva Musical de Beniganim», trompetas de estridente sonido, «pitos de árbitro» gigantescos con la leyenda «Aupa Valencia». Pancartas, las había de todas clases, y a medida que fue acercándose la hora del partido, fueron ganando en variedad y profusión. Una decía: «A Luis, Gárate y Salcedo les jugamos con el dedo». Un hombre llevaba a la espalda un saco vacío, en el que podía leerse: «Ya os tenemos en el saco». Unos jóvenes se paseaban con unos sombreros cilíndricos en los que decía: «Peña colorista». «Aupa Valencia, con garra y corazón». «Vixca Valencia!», o bien: «Vixca Valencia y el Valensia!», se leía en las banderas. Se oían en el Madrid centralista de aquel barrio gritos regionalistas: «Soc valensià?», gritaba uno, y repetía: «Soc valensià?». «¡Sí! —respondían los demás a coro— ¡Sí!». Y luego, todos: «Vixca el pà, vixca el vi, vixca la mare que en va parir!».

Los habituales de los bares de Concha Espina, conceptuados de bares «elegantes» con arreglo al lenguaje de la «sociología de la barra» madrileña, quedaban un sí es no es sorprendidos con estas francas, rotundas y un tanto republicanas expresiones de valencianismo. Los de la gorra blanca echaban piropos a las «finas» señoritas residentes en el «dis-



tinguido» barrio. «¡Si todos los del Atlético fueran como tú, guapa...!». A una que pasaba con un perro, la dijeron: «¿Muerde el perrito, muérdelo?... Pues que le muerdas a Gárate». Los grupos de huérfanos y de obreros de Valencia sentados en las terrazas de los cafés de un barrio caro de Madrid...: un espejismo de la final de Copa. Pronto empezaron a oírse las tracas; primero, por las calles, y luego en el interior del estadio, cuando ya mucha gente había entrado para presenciar la final de juveniles. Personaje interesante, entre los que vi en la puerta del estadio, era un anciano de Benetusser que había venido de Valencia en bicicleta, con gran despliegue de banderas, escudos y pancartas. La «Peña Claramunt» llegó portando grandes muñecos falleros con figuras de futbolistas. La tradición popular de Madrid estaba allí representada por los vendedores de pipas y «alcagüeses», por los vendedores de insignias y banderines, por los «reventas», por los vendedores de bocadillos o por las aguadoras, apostadas con sus botijos ante las puertas de acceso al campo.

Eran ya las seis de la tarde y no se veía aún ninguna «demostración de fuerza» por parte de los seguidores del Atlético de Madrid. La hicieron a los pocos minutos. Llegaron unos cien hombres, jóvenes y viejos, con trompetas, banderas rojiblancas y grandes pancartas, metiendo tanto ruido, que los valencianistas se quedaron callados por un momento. Uno de los atléticos dijo: «¡Han huido tos los valencianos, macho!». Allí empezó lo que podríamos llamar la «dialéctica» popular, que se mantuvo, hay que decirlo, y aparte de unas bofetadas que hubo en una grada por causa de una traca, dentro de lo puramente verbal. Pasaban los valencianistas portando una matraca —o carraca, como se llama en otras regiones—, símbolo del descalabro que los jugadores del Valencia iban a infligir a sus contrarios, y los atléticos gritaban: «Con traca y sin traca, os vais a comer la matraca». «¡Colchoneros madrileños!», gritaban los de la gorra blanca, y los rojiblancos: «¡Os vais a comer toas las chufas!». Durante el partido, las voces que se distinguían entre el clamor del público eran de este tenor. Los seguidores del Atlético mencionaban siempre los productos de la huerta valenciana, denotando tener cierto «complejo de regadio». Decían: «¡Sois todo horchata!» o bien: «¡Ufarte, cómetelos a los tíos de las naranjas!».

En un momento dado, en el primer tiempo, pareció que el Valencia iba a ganar. «Si ganan éstos, no pago ni una letra más», dijo un menestral madrileño. Luego, cuando ya se vio que el Valencia perdía, empezó la cuchufleta madrileña, con regusto de venganza centralista y cachondeo burocrático ante la periferia derrotada: «¡Hala, la bandereta, la bandereta; ¿por qué no sacáis ahora la bandereta?».

¿Dónde está el Valencia, matarile-rile-rile?

En el fondo del gol, matarile-rile-rón, pím pom.

«¡Van a hacer aquí puerto de mar!», gritaba un atlético en la euforia del triunfo. «¡Ea, ea, ea, el Valencia se cabrea!», cantaba otro. Pero un señor que estaba en la fila de atrás se levantó y dijo, con prosopopeya: «Vamos a demostrar, señores, que en Madrid tenemos más educación que nadie». Y añadió, estropeándolo todo: «¡Que griten los de las chufas!».

Final de Copa en Madrid. Fecha importante del calendario sociológico nacional. ■ LUIS GARANDELL.